

# EL OCCIDENTE DE MÉXICO. LA REOCUPACIÓN DEL VALLE DE COLIMA

Laura Almendros López  
Fernando González Zozaya  
INAH Colima. México

**Resumen:** El Occidente de México en tiempos prehispánicos se conforma como un espacio geográfico-temporal que presenta retos muy particulares y diferentes a los del Centro y sur de México. La carencia de trabajos de investigación y la escasez de grandes monumentos arquitectónicos han relegado y marginado a esta vasta región cultural. La intención de este trabajo es dar a conocer esta región y algunas de sus características a través de los contextos funerarios hallados en el predio El Zalate, a fin de entender un poco más las dinámicas sociales prehispánicas en el valle de Colima.

**Palabras clave:** arqueología, occidente de México, mesoamérica, historia antigua de Colima

**Abstract:** The west part of Mexico during the pre-Columbian period is a geographical-temporary space, which reveals very particular and different challenges from those of the center and south of the country. The lack of investigations around this area, and the shortage of great architectonic monuments, have relegated and marginalized this huge cultural area. The intention of this work is to make known this region and some of its characteristics, based on the funerary contexts found in the region of El Zalate, in order to understand the social dynamic of the valley of Colima in the pre-Columbian time.

**Key words:** Archaeology, west of Mexico, Mesoamerica, Ancient history of Colima

## 1. El Occidente de México, ¿área marginal de Mesoamérica?

El Occidente de México constituye el área más grande de las cinco en las que se divide Mesoamérica<sup>1</sup>. A pesar de que el vocablo Mesoamérica está lleno de mitos e indefiniciones, se ha convertido en una herramienta fundamental

---

1. Este término fue creado por Kirchoff (1992: 28-45) para un momento muy concreto de la historia prehispánica de México, el contacto con los españoles; además para un área muy específica como es la Cuenca de México para la etapa del Posclásico Tardío. Sin embargo, este término se ha venido utilizando de manera muy extendida y generalizada para diferentes épocas y áreas dentro del amplio y complejo panorama que representa el estudio del México prehispánico.

para “ordenar” la gran complejidad de los antiguos pueblos prehispánicos. Así en el México prehispánico existen varias áreas culturales más o menos bien definidas siendo una de ellas la que nos ocupa.

Geográficamente el Occidente se ha identificado con la región integrada por los actuales estados de Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit, Guanajuato y parte de Sinaloa y Durango, incluyendo en ocasiones a Zacatecas y Guerrero.

Como menciona el arqueólogo Joseph Mountjoy (2002: 255), el sistema fluvial que componen los ríos Lerma y Santiago geográficamente crea una división del Occidente, entre una parte norte y otra sur. Ambas tienen características diferentes en cuanto a su topografía y su ecología. La parte norte está constituida por un terreno montañoso abrupto con amplias planicies costeras donde los ríos han depositado material aluvial fértil y a su paso han creado profundas barrancas. Mientras que en la parte sur las montañas son más bajas y la planicie costera más estrecha. Sin embargo, a nivel cultural parece existir una relativa homogeneidad, es decir, todos los desarrollos culturales en esta parte occidental comparten una gran cantidad de rasgos similares que los hace conformarse, en términos generales, como una unidad en contraposición con otras áreas de Mesoamérica.

El desarrollo cultural del Occidente ha sido dividido por Otto Schöndube (1980), quien ha dedicado la mayor parte de su trabajo al estudio de esta gran área, en dos grandes etapas con subdivisiones internas. La etapa I (2.400 a.C.- 600 d.C) compuesta por dos subetapas, IA (2.400 a.C.- 1.500 a.C) y IB (1.500 a.C.- 600 d.C.). Y por otro lado, la etapa II (600 d.C.- conquista española). La primera correspondería a la etapa claramente occidental, es decir, en la cual los rasgos occidentales están muy marcados y la influencia de áreas como el centro de México es muy difusa y seguramente muy escasa. En esta etapa, que abarca un amplio período de tiempo, la evolución en la cultura material se realiza sobre una base que mantiene características homogéneas desde el Formativo y hasta el Clásico, es decir, que la cerámica está completamente relacionada tanto a nivel de formas como de acabados de superficie y decoración, pudiéndose observar la evolución de rasgos de la misma.

De la misma manera, se observan rasgos característicos de esta época y es que, a nivel de cultura funeraria, destaca la presencia de un patrón que también parece tener su evolución a lo largo de la etapa IB denominado de *Tumbas de Tiro*, que se caracteriza por este peculiar sistema de enterramiento, en el cual se excava en la roca un tiro y una o varias cámaras donde se depositan a individuos y sus ofrendas; posteriormente se tapa con piedras, metates y tierra. Otra de las características que definen esta época, a pesar de que cada vez está ampliándose más la información al respecto, es la supuesta inexistencia de arquitectura monumental en el área durante las etapas tempranas.

Durante este amplio período, en el área nuclear de Mesoamérica se desarrollan los períodos Formativo y Clásico con sus respectivas divisiones en temprano, medio y tardío, siendo a partir del 600 d.C. la fecha últimamente aceptada como el inicio del período Epiclásico, el mismo que se define a partir de la caída

de Teotihuacan y el inicio del desarrollo de Tula. Justo es en esta época cuando, como menciona Schöndube, se “mesoamericaniza” el Occidente, ya que ante la homogeneidad observada durante la Etapa I, en la Etapa II se observa un fenómeno de ruptura, ya que aunque parece que toda el área responde de manera similar a la evidente influencia mesoamericana, la ruptura parece darse de manera más o menos clara con respecto a las culturas anteriores. Al parecer, la evolución cultural desde un sustrato del Formativo se vería quebrantada, cambiando de manera radical el patrón funerario con todos los cambios a nivel ideológico que esto significa, observándose los primeros asentamientos con arquitectura monumental. La cerámica se modifica y existe un aumento en la presencia de herramientas de obsidiana. A pesar de estos cambios, es importante destacar que muchos de estos asentamientos reocupan los sitios tempranos.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que la investigación en el Occidente mexicano es relativamente reciente, sobre todo en cuanto a trabajos más consistentes y constantes, aspecto que a través del tiempo ha empezado a cambiar, lo que hace que cada vez más la arqueología marginal y fragmentada que se tenía, está siendo sustituida por un interés que nos acerca a investigaciones más completas que permiten mejores y más amplias definiciones sobre el desarrollo cultural del Occidente de México.

Esto permitirá la comparación de información con otras áreas que cuentan con una larga tradición en la investigación arqueológica, ya que hasta ahora este desequilibrio ha creado una problemática de entendimiento respecto de los procesos culturales del pasado. Esta deficiencia de datos es entendida, en ocasiones, como una marginalidad cultural por parte de los pueblos que habitaron el Occidente de México y no como una investigación menor con respecto de otras áreas, con una tradición centenaria en el trabajo arqueológico, como son las relativas a la cuenca de México, el área de Oaxaca o la zona maya.

## **2. Colima, región del Occidente. Investigaciones, aspectos geográficos y secuencia cultural**

Probablemente en la actualidad las regiones que representan más retos para la investigación, precisamente por el poco trabajo realizado en ellas, son el Norte y el Occidente de México que, además, coinciden con las extensiones más amplias del territorio nacional.

El Occidente de México es un área conocida, especialmente, por la tan elaborada cerámica asociada a los primeros pobladores de estas tierras, lo que hace que mucha de ella forme parte de un sinfín de colecciones particulares a nivel mundial. El saqueo que ha propiciado este coleccionismo ha ido en detrimento de una investigación incipiente que se ha encontrado, entre otros, con el obstáculo de contextos alterados y de museos llenos de piezas que perdieron su información arqueológica a consecuencia de haber sido consideradas por éstos como meras obras de arte.

Ante este panorama, la investigación en Occidente se ha estado realizando de manera intermitente y a pesar de muchos impedimentos gracias a la tenacidad de unos pocos.

Entre los primeros en pisar tierras occidentales con el objetivo de responder preguntas en cuanto al desarrollo cultural prehispánico, se encuentran varios investigadores de la University of California Los Angeles (UCLA). Entre ellos destacan Carl Sauer e Isabel Kelly; el primero dedicó sus trabajos sobre Geografía Humana a esta área, donde determinó la población que tuvo Colima a la llegada de los españoles a través de sus estudios de las fuentes, sobre todo a partir de Lebrón de Quiñones. La segunda se dedicó, en diferentes etapas de su vida, a descifrar los enigmas que guardaba la secuencia cultural de áreas como las de Autlán-Tuxcacuesco, al sur de Jalisco, el Eje Armería, en Colima o Apatzingán en Michoacán. En una de sus primeras publicaciones Kelly (1948) plantea la existencia de catorce provincias cerámicas en Occidente, entre ellas se encuentra Colima, que comparte características con otras como Sayula o Autlán, en Jalisco. Por último, la gran aportación de Kelly, fue su publicación de 1980 sobre Capacha, donde aborda ampliamente esta fase cultural, aunque también aprovecha para hacer un recuento de toda la secuencia cultural del denominado Eje Armería. Además de esto, la autora deja planteadas algunas de las preguntas que requieren de respuesta en esta arqueología colimense.

Posteriormente, las investigaciones se han venido realizando en la amplia región occidental en torno a la labor del Instituto Nacional de Antropología e Historia, primero mediante su Centro Regional en Guadalajara, para después hacerlo desde los Centros INAH ubicados en cada uno de los estados que conforman el Occidente. Entre ellos se encuentra el Centro INAH Colima, que desde su creación se ha dedicado a la protección de un patrimonio sumamente saqueado y el cual hoy enfrenta una situación tan especial como es la de atender a la enorme carga de trabajo producto de los rescates arqueológicos que se generan a partir del crecimiento urbano.

Con respecto a los estudios arqueológicos dentro del estado, éstos se han concentrado, prácticamente por completo, en la región del valle de Colima, que es una de las tres regiones fisiográficas que distingue el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) en el estado de Colima.

Este valle está conformado por un plano inclinado que se halla custodiado por los volcanes de Colima, el volcán de Nieve, el cual ya está extinto y el volcán de Fuego, sumamente activo. A través de las continuas emisiones de cenizas de este último, así como de algunas erupciones registradas por geólogos y vulcanólogos (la última erupción de magnitud considerable parece estar registrada para el 500 a.C. aproximadamente), las tierras existentes en la zona son muy fértiles, lo cual ha creado un lugar propicio para la agricultura y por tanto para la vida humana.

Junto con estas condiciones de suelos sumamente fértiles, resalta que el valle de Colima se encuentra atravesado de norte a sur por diferentes ríos y arroyos que hace que se formen zonas de concentración de sedimentos aluviales,

sobre todo, en la parte sur del valle, mismas que son propicias para el cultivo.

El valle de Colima tiene un rango de altitud que va de 1.700 a 400 m.s.n.m., el cual determina, al mismo tiempo, diferencias sensibles de clima y vegetación: en el extremo norte donde predominan los lomeríos y las cañadas existen bosques de encinos, mientras que en la meseta y las cañadas se observan especies típicas de la selva baja caducifolia y matorral subtropical.

Sin duda, esta gran posibilidad de obtener recursos y productos procedentes de diversos ecosistemas, dentro de un espacio relativamente reducido, fue un enorme estímulo para las economías locales.

A pesar de que los investigadores de la UCLA, entre quienes se encontraba Kelly, iniciaron su investigación en la costa del Pacífico mexicano, desde Guerrero hasta Sinaloa, con la intención de encontrar los sitios más tempranos con presencia de sociedades sedentarias en esta costa<sup>2</sup>. En el caso de Colima no fue hasta que Kelly, la encargada de recorrer la costa de Colima, se adentró por el río Armería, en lo que denominó Eje Armería, y llegó al valle de Colima, cuando pudo hallar la evidencia de la cerámica temprana que denominó Capacha y que fechó en 1.500 a.C. aproximadamente.

Justamente durante sus investigaciones sobre el Eje Armería, que iniciaron en 1939 y de manera intermitente acabaron en 1980, realizó la secuencia cultural y cerámica del valle de Colima, la cual dividió en diferentes etapas con una cronología que va de 1.500 a.C. hasta unos años antes de la llegada de los españoles.

De esta manera, el resto de las áreas del estado han sido trabajadas en menor medida tanto por investigadores nacionales como extranjeros, destacando el trabajo en la costa norte de Colima, a la altura de la Bahía de Manzanillo, además de en el área de Colimilla.

La secuencia cultural definida por Kelly para esta área inicia con la fase llamada Capacha, que es la primera fase para Colima con presencia de poblaciones agrícolas; ésta se caracteriza por un tipo de cerámica que presenta claras reminiscencias con el material de la costa noroeste de Sudamérica, concretamente en las costas de Ecuador y Colombia. Desde su descubrimiento se hace evidente esta relación que parece extenderse a otros aspectos tanto de la cultura material como del patrón funerario entre otros, observándose este fenómeno a lo largo de distintas fases culturales (Imagen 1).

La problemática planteada al estudiar la relación entre áreas tan alejadas para épocas tan tempranas pasa por el desequilibrio de la información existente para estos lugares, lo que hace que no se puedan realizar estudios profundos y comparativos en ambas direcciones, sino en una sola, en este caso de Sudamérica hacia el Pacífico mexicano. Esta cuestión de los posibles nexos con Sudamérica nos hace pensar en la vía de contacto marítimo, lo cual hace más extraño aún el no haber hallado evidencia temprana en la costa.

---

2. No hay que olvidar que la cerámica más antigua en México hasta ahora se halló en Puerto Marqués, Acapulco, y fue fechada hacia el 2.400 a.C.



se vio apoyada con otra obtenida en el sitio arqueológico El Opeño, Michoacán, el cual se relaciona con Capacha a partir de materiales similares.

Por otra parte, algunos investigadores desconfían de esta fecha, que es la única, debido a que la siguiente ocupación que se tiene registrada en el valle es la correspondiente a la fase Ortices, la cual presenta como fecha más antigua el 400-300 a.C., lo que nos hace pensar que si Capacha duró unos 500 años (lo cual representa mucho para una tradición), tenemos unos 700 años de hueco ocupacional del valle.

Si observamos los rasgos contenidos en la cerámica, en cuanto a formas y/o decoraciones, se puede vislumbrar una evolución clara entre ambas fases, Capacha y Ortices. Sin embargo, parece que el problema radica precisamente en que estas dos fases son las menos conocidas dentro del desarrollo del valle, y sólo con un incremento de la investigación al respecto se podrán resolver aspectos tan importantes como el cronológico, ya que la hipótesis más apoyada por los conocedores de la región es que existe una continuidad entre ambas fases. Si así fuera, las respuestas podrían ser varias: que Capacha es una tradición de larga continuidad a partir de la cual se desarrolla Ortices, o bien que Capacha no es tan temprana u Ortices es más antigua.

Precisamente, la fase Ortices es la base sobre la que se desarrollará la fase Comala, que es considerada como de gran esplendor tanto de la expresión cerámica como de la funeraria. Como mencionamos, la fase Ortices es una de las menos estudiadas; sin embargo parece que es a partir de ésta cuando se inicia una tradición funeraria que marcará al Occidente de México por un largo tiempo. Este patrón funerario es el conocido como tradición de *Tumbas de Tiro*.

Durante la fase Comala se observa el auge de la tradición de Tumbas de Tiro que se desarrolló durante el Clásico, de 300 a 600 d.C. aproximadamente, y se caracteriza por una cerámica de gran calidad técnica y estilística, muy variada en formas y con una gran expresión y creatividad artísticas.

Estas primeras tres fases del desarrollo cultural de Colima (Capacha, Ortices y Comala), se caracterizan por llevar al máximo la expresión de la vida cotidiana. Esto se refleja sobre todo en las dos últimas, mediante la gran cantidad de figurillas cerámicas masculinas, femeninas, zoomorfas, etcétera, con gran variedad de representaciones de las actividades domésticas que llevaron a cabo estos grupos.

Diferentes estudios han determinado que esta amplia variedad en las figurillas, en general del Formativo, como se observa también en las asociadas a Chupicuaro y Tlatilco, entre otras culturas desarrolladas durante este período; responde a una sociedad apenas jerarquizada y poco institucionalizada.

En contraposición con estas figurillas del Formativo, en las siguientes etapas, y a partir del surgimiento de grandes expresiones de poder como lo fueron Teotihuacan o Tula, se empiezan a generalizar las figurillas de molde, que tienen rasgos claramente estipulados y que, al parecer, responden a un tipo de sociedad ampliamente institucionalizada y con una clase jerárquica que ejerce un control sobre la expresión artística, religiosa e ideológica con representación de deidades muy concretas.

Precisamente, la fase Comala representaría el auge en la elaboración de estas figurillas que, junto con la tradición funeraria, se considera como la máxima expresión cultural del Occidente en la conocida como Etapa I.

En la Etapa II de Schöndube, que en Colima daría comienzo con la fase del mismo nombre, la fase Colima, persisten algunas reminiscencias de las tradiciones anteriores, como por ejemplo algunas formas cerámicas, algunas figurillas y la reutilización de algunas Tumbas de Tiro, que no se construyen durante esta etapa, ya que el sistema de enterramiento utilizado es distinto.

Lo que caracteriza a esta fase (Colima) y a la que sigue, Armería, las cuales además no están muy bien definidas, es la arquitectura monumental, la evidencia de áreas habitacionales complejas a manera de módulos y un tipo cerámico caracterizado por el engobe rojo sobre el color bayo de la pieza; todos estos elementos se consideran síntomas de la “mesoamericanización” del Occidente que no parece haberse dado realmente hasta ese momento. ¿En qué consiste esta “mesoamericanización”? ¿Qué significa?

A grandes rasgos tiene que ver con un cambio en los patrones culturales anteriores, los cuales fueron relativamente homogéneos durante muchos siglos. El tipo de influencia que habrían recibido las culturas de Occidente de México es lo que faltaría definir para poder darle carácter a esta pregunta. Son muchas las hipótesis que se pueden manejar al respecto, sin embargo no estamos en posibilidad de apoyar una sola, ya que son muchos los eslabones faltantes. Las respuestas a estas preguntas nos permitirán, en el futuro, entender mejor el desarrollo cultural de Colima durante estas fases que sentarán las bases de la posterior, la fase Chanal. Esta última fase pertenece al Posclásico Temprano y se caracteriza por una gran ocupación del valle de Colima a raíz de un incremento significativo de la población. Se hallan grandes centros ceremoniales como son El Chanal y La Campana, los habitantes de los cuales están completamente involucrados en las redes de comercio a larga distancia tanto con el Centro de México como con otras regiones de Mesoamérica (Olay, comunicación personal, 2005). Así, en esta época, según la arqueóloga M<sup>a</sup> de los Ángeles Olay, se intensificaría la producción agrícola de algunos productos estratégicos como el cacao y el algodón, ya que éstos serían elementos de intercambio entre estas élites que controlan el comercio (Olay, 2005).

Al parecer, el sitio de El Chanal sería el más grande en el valle durante el Posclásico, sin embargo es interesante observar cómo a la llegada de los españoles a estas tierras, en 1523, el sitio de El Chanal ya habría sido abandonado o, por lo menos, ya no tendría la relevancia que había disfrutado en otro momento, ya que no es mencionado en ninguno de los escritos de los primeros peninsulares que llegaron y que se dedicaron a describir los lugares y pueblos que encontraban a su paso.

### 3. El valle de Colima. Ocupación humana a lo largo de 3.000 años

Ante el gran crecimiento urbano que se está desarrollando en el actual valle de Colima (que abarca básicamente las ciudades de Colima y Villa de Álvarez) el trabajo de los investigadores está prácticamente dedicado a las labores de rescate y salvamento<sup>3</sup> arqueológicos.

A pesar de la gran importancia de realizar este tipo de trabajo a fin de poder recuperar un patrimonio y unos datos que serán afectados de manera inmediata y definitiva, estos trabajos están muy lejos de formar parte de una investigación específica con preguntas concretas a problemáticas planteadas por el interés del investigador, sino que responde al carácter aleatorio del crecimiento urbano, lo que provoca la obtención de datos aislados que se deben ir tejiendo poco a poco a fin de poder avanzar en el conocimiento del desarrollo prehispánico del valle de Colima.

Es precisamente a partir de un rescate arqueológico que surgen los datos que a continuación nos ayudarán a analizar el aspecto de la constante reocupación del área más conocida hasta ahora en el estado: el valle de Colima.

A partir del análisis de la información recuperada en los diferentes rescates realizados en la zona conurbada de Colima y Villa de Álvarez -desde el año 1986 hasta la fecha son más de ochenta- se pudo hacer una aproximación hacia los datos sobre la ocupación del valle en las diferentes fases culturales.

La constante es que en la mayoría de los sitios excavados no se reporta la existencia de vestigios de una única fase cultural, sino que en la mayoría los hallazgos corresponden a varias de éstas. Existen varias problemáticas, por una parte, no tenemos bien definidos los materiales que caracterizan a cada una de las fases y, sobre todo, no se cuenta con fechamientos absolutos para el valle de Colima, lo cual sin duda permitirá tener mejor diferenciadas las ocupaciones humanas del mismo. Sin embargo, ésta no es la única dificultad, ya que el hecho de que no se cuente hasta la fecha con la publicación de muchos de los datos procedentes de estos estudios en el valle hace difícil poder integrar una investigación conjunta con base en la comparación de contextos por fases que, además, nos ofrezcan información sobre el patrón de asentamiento en cada época.

Las características de los sitios a lo largo de cada una de las fases son muy específicas, ya que en el caso de la presencia de vestigios arquitectónicos conservados, tanto de cimientos de estructuras habitacionales como de arquitectura monumental, son comunes para las fases finales de la secuencia, es decir, aproximadamente después de 600 d.C. De esta manera, las primeras etapas de ocupación sedentaria del valle no es fácil que se conserven restos arquitectónicos, ya que, por una parte, la gran reocupación de esta área se encargó de alterar parcialmente estos contextos, y por otra parte, en algunos lugares donde

---

3. Estos trabajos son considerados como proyectos de investigación derivados de la afectación a patrimonio arqueológico por una obra pública o privada; la diferencia entre ambos es que en el primero esta afectación no se puede prever y en el caso de los salvamento sí.

se pudo conservar gracias a la gran acumulación de sedimentos producto del arrastre de las numerosas fuentes de agua que atraviesan el valle, hace que éstos se hallen bajo varios metros de profundidad y, normalmente, sin evidencia significativa en superficie que indique su existencia.

En el caso concreto del Rescate Arqueológico El Zalate, se dio en un terreno de dos hectáreas ubicado en plena zona conurbada de la ciudad de Colima, a escasos dos kilómetros del centro de esta ciudad. A raíz de la afectación en el lugar por la construcción de una superficie comercial, en enero de 2005, se iniciaron los trabajos de campo, mismos que duraron tres meses, para dar paso a los trabajos de gabinete y a la elaboración del informe final. Se sondeó la totalidad del predio para ubicar posibles contextos arqueológicos, ya que en superficie sólo se apreciaban materiales cerámicos y líticos, así como algunas pequeñas elevaciones. Una vez sondeado el predio, se ubicó en la parte noroeste del mismo un área con importantes contextos.

En este sector se localizaron vestigios correspondientes a dos fases de la secuencia de ocupación del valle, muy alejadas en el tiempo. Por una parte, en las primeras capas tenemos la presencia del material correspondiente a la fase Chanal (1.100 -1.460 d.C.) y por otra, contextos correspondientes a la fase Ortices (400 a.C.-100 d.C.).

A escasos veinte centímetros de la superficie se hallaron unos cimientos de lo que constituyó una unidad habitacional de la fase Chanal. Esta unidad presenta una planta rectangular y tiene una orientación noreste-suroeste<sup>4</sup>, únicamente se conservan parte del muro este y sur, así como la esquina suroeste del mismo. En el muro del sur se pudo ubicar lo que parece ser el acceso a la habitación con un ancho aproximado de 70 centímetros. El muro está elaborado con guijarros de río y tiene doble cara midiendo aproximadamente 80 cm. de ancho. Al parecer únicamente el cimiento estaría construido en piedra, mientras que la parte del muro sería seguramente de material perecedero como adobe o bajareque.

Al interior de la unidad habitacional encontramos un apisonado de barro, el cual se elabora a partir de tierra mojada y apisonada, que se rehabilita constantemente con el mismo proceso de ocupación quedando en la sección el registro de las distintas capas de tierra que fueron apisonadas a lo largo de la vida de uso de esta casa.

En el área central de esta unidad y sobre el piso de barro se halló un fogón compuesto por piedras de tamaño pequeño y acomodadas de forma casi circular, el mismo contenía cenizas. De igual forma se hallaron otros dos fogones al exterior de este cuarto, de características muy similares.

---

4. Cabe mencionar que hacia el noreste de la ciudad de Colima se ubica el volcán de Fuego, el cual se encuentra en actividad y sabemos por los estudios realizados a través del Observatorio Vulcanológico de la Universidad de Colima, que también en época prehispánica tuvo gran actividad, así que seguramente era un importante referente simbólico de los pobladores prehispánicos de la región.

Una vez excavado el piso que mencionamos, se observó un acomodo de piedras unidas con barro a modo de terrazas acompañados de material cerámico correspondiente a la fase Ortices (400 a.C. - 100 d.C). Para esta fase se desconocen contextos domésticos, limitándose a los funerarios. Así pues pensamos que tal vez este acomodo de claro origen antrópico puede corresponder a los cimientos de algún espacio habitacional, sin embargo los más de mil años de diferencia con la ocupación posterior seguramente contribuyeron a su notable deterioro, por lo que resulta difícil asegurar nuestra hipótesis.

Cuando se excavó al exterior de esta unidad de la fase Chanal, se halló lo que sin duda fue un área funeraria prehispánica. En menos de veinte metros cuadrados se localizaron más de veinticinco entierros, algunos de ellos son entierros colectivos de varios individuos en posición primaria y otros parecen ser secundarios.

Estos entierros se encuentran en su mayoría sobre una capa de arena volcánica que parece haber sufrido el transporte fluvial, lo cual nos habla de la existencia de algún paleoarroyo, que por la dirección que parece llevar esta capa, coincidiría con el curso de los ríos y arroyos que actualmente se observan en el valle. De hecho, el predio se ubica actualmente entre el río Colima al este y el arroyo Pereyra al oeste.

Los entierros se detectaron a partir de una mancha de tierra de color café que se apreciaba a modo de lentícula en la capa de arena. Estas lentículas de tierra abarcaban el área del entierro. Esto pone de manifiesto que el enterramiento se realizó excavando en la arena, para depositar al individuo, el cual era tapado con tierra. A pesar de que esto parece una constante, encontramos diferencias entre los entierros. Sería difícil describir todos y cada uno de ellos en este escrito, sin embargo a nivel general podemos decir que existieron entierros en posición extendida y otros sedentes y flexionados. La mayoría no presentaron ofrenda a excepción de algunos, en los casos en que sí existió ofrenda entonces éstas estaban asociadas a cerámica de la fase Ortices. El hecho de que los entierros se hallaron en un espacio tan reducido e incluso unos encima de otros, nos hizo plantearnos la pregunta de si podrían diferenciarse los pertenecientes a una y otra fase. Esto sólo se podría conseguir a partir de la comparación de rasgos y la definición de criterios para el patrón funerario, a nivel preliminar, para cada una de las fases.

Así, a partir del análisis comparativo de las características de estos entierros se pudieron determinar los siguientes criterios para los de la fase Ortices:

- individuos en posición extendida, preferentemente en decúbito dorsal y lateral;
- entierros individuales y primarios, es decir los encontramos en posición anatómica;
- con orientación irregular, ya que tenemos unos orientados al suroeste, otros al noreste, otro al este, etc.;
- con un espacio funerario construido, ya sea una tumba (entierro 22) o bien el acomodo simple de piedras que delimitan el cuerpo (entierros 6, 7, 17 y 26);

- presentan ofrendas (vasijas y figurillas).

Mientras que para la fase Chanal las características de los entierros de El Zalate serían:

- individuos en posición sedente y/o flexionada normalmente con los brazos alrededor de las piernas, abrazando éstas;
- múltiples primarios y/o primarios asociados a secundarios;
- en su mayoría orientados en un eje suroeste-noreste, con el rostro hacia el noreste;
- sin espacio construido, más allá de ser enterrados en una capa de arena y ser tapados con tierra;
- en general no presentan ofrenda, sólo en algunos casos tienen objetos ornamentales asociados (cascabeles, anillo y orejera de cobre, así como una cuenta de barro).

En el valle de Colima se han excavado otros contextos funerarios correspondientes a ambas fases, por lo tanto nos faltaría realizar estudios comparativos con estas otras evidencias a fin de determinar si los patrones funerarios que se observaron en el rescate de El Zalate para ambas fases, se pueden hacer extensivos al resto del valle, y por tanto si se trataría de un patrón general de los pobladores de estos períodos culturales.

#### **4. Consideraciones finales**

Los contextos trabajados en el Rescate Arqueológico El Zalate son un claro ejemplo de la reocupación del valle de Colima de la que hablábamos anteriormente. Entre los materiales que se recuperaron, encontramos cerámica de ambas fases definidas, Ortices y Chanal, pero también de otras de las fases de ocupación como son la fase Comala, Colima o Armería, sin embargo la cantidad de éstos no es significativa como para poder asegurar una ocupación del lugar.

Tal vez en otras de las áreas del predio pudo existir evidencia de esta ocupación durante otras fases, no obstante la afectación del mismo no nos permitió descubrirlas. Así pues, podemos determinar la ocupación del lugar para la fase Ortices, durante el Formativo Tardío, una fase poco conocida y de la que es importante seguir obteniendo datos para poder afinar su cronología y determinar las características de los grupos humanos que vivieron en esta época en el valle. A modo general podemos decir que son pueblos agrícolas con una economía de carácter doméstico, seguramente existía poca división del trabajo y tal vez poca jerarquización social.

Sin embargo, este lugar se reocupa durante la fase Chanal, es decir, más de mil años después. Esta fase, como mencionábamos, es mucho más conocida y se caracteriza por tener grandes centros ceremoniales, división del trabajo, es decir, deben existir personas que pertenecen a gremios distintos; también es

una época en la que se participa de una red de intercambio macrorregionales y del contacto con diferentes áreas tanto de Mesoamérica como de Oasisamérica. Es un momento donde seguramente existe una clase gobernante que controla las creencias a través de una clase sacerdotal que es la encargada de determinar cómo deben ser los ritos y las demostraciones religiosas de toda índole, tanto a nivel público como privado.

Esto se puede deducir a partir de un elemento del que hablábamos anteriormente, como son las figurillas; en esta excavación encontramos muchos fragmentos de figurillas consideradas de la tradición Ortices-Comala (también conocidas como Ortices Tuxcacuesco), de hecho es interesante observar cómo el entierro 7, correspondiente a un individuo infantil, tenía como ofrenda dos figurillas, una antropomorfa masculina sobre su cara y otra antropomorfa asexualada a modo de colgante cerca de su maxilar inferior.

Las figurillas de esta época son muy realistas y parecen representar la vida cotidiana, hay de diferentes estilos, sin embargo si algo las caracteriza es la forma en que simbolizan la esencia humana, tenemos representaciones de parejas, de padres y madres con sus hijos, de hombres y mujeres modelando cerámica, de mujeres moliendo, es decir, un sinfín de muestras de lo que fue la vida de estos grupos prehispánicos.

Por otra parte, en la fase Chanal, de la que dijimos que sus entierros no presentan ofrenda más allá de algunos elementos ornamentales que en adelante analizaremos, se pudieron recuperar algunos fragmentos de las figurillas más comunes en esta época, como son las conocida como figurillas Mazapa, son típicas del auge de Tula durante el Posclásico Temprano y se trata de figurillas moldeadas.

El hecho de ser moldeadas nos está refiriendo un tipo de control institucional de las representaciones humanas, más aún si se trata de deidades, ya que la variedad de rasgos y de atributos es mínima, dando la idea de que se podían identificar personajes y/o dioses concretos en cada una de éstas. Mientras en las de la tradición Ortices-Comala, sería imposible ver algún tipo de homogeneidad de atributos y rasgos, si bien hay estilos, éstos son tantos que no parecen corresponder a deidades y/o personajes concretos. En este caso, hacemos énfasis en que han sido interpretadas como una representación de la vida cotidiana de estos pueblos, o en el caso de algunas representaciones femeninas que cargan varios niños, se las ha interpretado como símbolos de la fertilidad a nivel doméstico, siendo éstos pueblos de carácter aldeano o con poca complejidad social.

En cuanto a los ornamentos que acompañan a los entierros de la fase Chanal, destaca la presencia de elementos de cobre, los cuales son relativamente frecuentes en esta última fase de la ocupación prehispánica del valle, aunque también parece que en algunos contextos de la fase anterior, la fase Armería, se han podido hallar este tipo de vestigios. En concreto el individuo 2 del entierro 2, formado por tres individuos, presentó una orejera de cobre en la parte izquierda del cráneo y unos sartales de pequeños cascabeles, unidos con hilo (muy probablemente de algodón, aunque falta determinar la naturaleza del mismo) y se

encontraron a la altura de los tobillos de este individuo, el cual por cierto era un adolescente (Imagen 2).



**Imagen 2.** Detalle de algunos de los cascabeles con restos de una delgada cuerda elaborada con algodón.

Existe un trabajo muy interesante acerca de la metalurgia en el Occidente de México, realizado por Dorothy Hosler en su obra titulada *The sounds and colors of power. The sacred metallurgical Technology of ancient West Mexico* (1994) donde analiza la metalurgia en esta área de Occidente y define dos períodos de presencia de ésta; el primero abarcaría los años 600 -1.200/1.300 d.C., mientras el segundo iría de esta última fecha hasta la llegada de los españoles. Este segundo período es considerado por la autora como de florecimiento de dicha metalurgia.

El arribo de la tecnología metalúrgica a Mesomérica parece que se realiza por vía marítima desde las costas de Ecuador y Colombia hasta lo que la autora llama “la zona metalurgista” del Occidente de México, es decir, los estados de Michoacán, Jalisco, Colima, Nayarit y Guerrero. Durante esta primera etapa la metalurgia parece únicamente concentrarse en el uso del cobre, metal en el que la zona occidental es muy rica. En este momento los orfebres usan el metal para realizar ciertas herramientas tales como agujas, punzones y pinzas, además de los muy numerosos cascabeles.

Posteriormente, durante la segunda etapa, a partir de 1.200 d.C. se amplía la presencia de dicha metalurgia a otras áreas de Mesoamérica, tales como Oaxaca. En esta etapa destaca la utilización del bronce, mezclando cobre-estaño y cobre-arsénico, además de otras aleaciones como el cobre con plata. En estos momentos, el objetivo de la metalurgia es lograr un color específico para dicho metal, tal y como comenta la autora, es decir, la dureza y resistencia de las alea-

ciones no les interesa tanto como que el metal tenga un color lo más dorado posible. Lo cual hace evidente que este metal se está usando cada vez más como un bien de prestigio entre élites y no para herramientas de trabajo. Como comenta, la tecnología utilizada parece provenir del área de los Andes, por lo que el trabajo del metal llegaría al Occidente de México por Centro América y la parte norte de Colombia que, como mencionábamos antes, fue la vía por donde parecen haber llegado muchos intercambios a esta área occidental. Este es un punto a favor de la vía marítima para el intercambio desde épocas tempranas para la llegada de ideas y técnicas procedentes de lugares tan alejados.

En El Zalate los contextos excavados, y en espera de tener fechas absolutas de los mismos, como dijimos corresponden a la fase Chanal que abarcaría el final del primer período y casi la totalidad del segundo período definido por Hosler.

Así pues, con respecto a este material, una de las preguntas a responder sería, tal vez, si es tan generalizado su uso o si bien su presencia en entierros puede determinar algún rango o estratificación social. En este caso, además del individuo que presentó los cascabeles, en el entierro 27 se recuperó un anillo abierto de cobre. Sin embargo, el resto de los entierros de la fase Chanal se caracterizó por no tener ningún tipo de ofrenda. No hay que olvidar que el área se ubica en la periferia, a unos cuantos kilómetros del centro ceremonial.

Así pues, podemos decir que el área estudiada fue concebida y utilizada por dos sociedades muy distantes en el tiempo y muy diferentes en cuanto a su organización social, sin embargo en ambas etapas se usó un mismo espacio a modo de área de enterramientos, es decir, un mismo lugar fue concebido como la morada para los ancestros de dos sociedades muy dispares pero tal vez con un sustrato de pertenencia semejante.

Es seguro que cuando enterraron a los individuos de la fase Chanal encontraron algunos entierros de la fase Ortices. ¿Cómo actuaron ante este hecho? Parece ser que en ese momento algunos entierros se convirtieron en secundarios, es decir, fueron removidos y reacomodados, sin embargo consideramos que parece existir un sentido de respeto y reconocimiento hacia los antepasados más antiguos.

¿Qué fue lo que llevó a enterrar de manera constante a sus habitantes durante la fase Chanal en un espacio que ya era sagrado y había sido utilizado por otra sociedad anterior en el tiempo? ¿Tendrían tal vez la idea de que se tratara de sus antepasados? ¿O tal vez fue simplemente el respeto a la muerte?

Sin embargo, los entierros secundarios que encontramos se ubican formando parte de los entierros de la fase Chanal, en concreto tenemos un caso donde el entierro 16 se conforma de un individuo sedente y flexionado; sin embargo llama la atención observar la presencia de un atado de huesos largos humanos acomodado a manera de almohada por debajo de su cabeza.

Tal vez, si existió el sentido de identificación de estos cuerpos como los de sus antepasados, ya sea los más lejanos (fase Ortices) o bien los más recientes (fase Chanal), entonces acomodaron estos huesos con una intención de total

respeto hacia sus ancestros. Esto resultaría muy interesante pues nos hablaría de una concepción del pasado con un sentido de pertenencia.

Por otra parte, el espacio doméstico es claramente utilizado durante esta segunda fase, sin embargo no nos queda tan claro que durante la fase Ortices haya habido un espacio concebido como unidad habitacional. Es importante esto, pues nos habla de una distribución del espacio muy parecida durante fases tan separadas en el tiempo. En el período del Posclásico Temprano existe un área destinada a los muertos a un lado de la unidad habitacional, sin embargo en la etapa Ortices no es tan claro el uso habitacional del espacio, es algo que deberá tener respuesta en el futuro.

Ante este contexto son muchas las preguntas que surgen y que a partir de futuros análisis podremos ir respondiendo. Una de ellas tiene que ver con los entierros múltiples que se observan para la fase Chanal y que deben tener una respuesta a esta práctica. Por una parte, se puede pensar que tal vez respondiera a un acto de carácter simbólico, sin embargo parece poco probable el sacrificio de algunas personas dado el lugar donde se ubican estos entierros, es decir, junto a una unidad habitacional y no en un centro ceremonial.

De esta manera, podemos pensar en algún tipo de evento que provocó la muerte simultánea de algunos habitantes, lo cual podría tener que ver con un factor bélico, epidémico o de otro carácter, pero capaz de producir muertes múltiples y simultáneas. Para ello sería necesario realizar estudios osteológicos a fin de observar posibles rastros de alguna patología que pudiera haber afectado a esta población, o bien señales de posibles muertes violentas.

Otra idea está relacionada con la posible existencia de un espacio intermedio, es decir, un lugar donde se depositarían algunos de los individuos antes de ser trasladados a su última morada. Ello explicaría los entierros múltiples compuestos por individuos primarios asociados a secundarios.

Gracias a estos estudios también podríamos tener datos acerca de las posibles relaciones de parentesco que hubiera entre los individuos; esto nos podría dar más información acerca del patrón de enterramiento, pero también del de asentamiento para ambas fases. Tal vez pudiera responder si esta área de enterramiento fue utilizada por un largo tiempo durante la fase Chanal.

Uno de los problemas por los que hace años atraviesa la arqueología de Colima es, precisamente, la falta de fechamientos absolutos; sería muy importante poder fechar algunos de los entierros que se recuperaron para poder confirmar el patrón funerario así como la posible reutilización de entierros Ortices en la fase Chanal.

En otro tenor, es muy importante investigar sobre cuestiones de paleoecología, que nos puede dar respuestas al tipo de lugares seleccionados por los pueblos prehispánicos para asentarse, así como las características de los ecosistemas explotados y cómo éstos influyeron en la vida de estos pueblos. En este sentido, se tomaron muestras de diferentes capas naturales y antrópicas que nos pueden llevar a estos estudios.

En este sentido, resulta interesante mencionar los trabajos realizados por los geólogos del Observatorio Vulcanológico de la Universidad de Colima que tienen registrados algunos de los eventos eruptivos del volcán de Fuego, esto a través del fechamiento de carbones de los árboles calcinados al paso de la lava. Entre éstos destacan los de las siguientes fechas: 7.000 B.P, 3.500 B.P. y 2.500 B.P. (Komorowski et al., 1994 y 1996) coincidiendo este último con una fecha alrededor del 500 a.C. lo cual estaría muy cercano a la ocupación del valle por los pobladores de la fase Ortices, como mencionábamos. Estos eventos como los describen los geólogos provocarían que el valle fuera cubierto, en un área de unos 1.200 km<sup>2</sup>, con una mezcla de rocas de diferentes tamaños, ceniza, arena y matriz molida de roca, lo cual alcanzaría a cubrir los municipios de Colima, Villa de Álvarez, Cuahutémoc y Comala. Es necesario determinar si este evento es observable en la estratigrafía del lugar y si es así entonces determinar cuánto tiempo tarda en recuperarse en área afectada por un evento de estas características.

Las preguntas que nos quedan por responder son más, sin duda, que las pocas que pudimos ofrecer en este trabajo; sin embargo este es el gran reto de la investigación en el valle de Colima, el mismo se extiende a muchas de las áreas que han sido consideradas durante largo tiempo como “marginales”, y que en los últimos años están demostrando que la marginalidad está asociada a una investigación limitada y no a la naturaleza de los pueblos que se estudian.

## **Bibliografía citada**

- HOSLER, Dorothy (1994). *The sounds and colors of power. The sacred metallurgical technology of ancient West Mexico*. Cambridge / London: The MIT Press.
- HOSLER, Dorothy (2004). “Nuevos datos sobre la producción de metal en el occidente de México en la época prehispánica”. En: Williams, E. (ed). *Bienes estratégicos del antiguo occidente de México*. México: El Colegio de Michoacán, pp. 335-353.
- KELLY, Isabel (1948). “Ceramic provinces of Northwest Mexico”. En: *El Occidente de México. Cuarta Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México: Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 55-71.
- KELLY, Isabel (1980). *Ceramic sequence in Colima: Capacha, an early phase*. Tucson: Anthropological Papers of the University of Arizona Press.
- KIRCHHOFF, Paul (1992). “Mesoamérica”. En: *Una definición de Mesoamérica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 28-45.

- KOMOROWSKI, J.C. et al. (1994). "The unique tendency for recurrent collapse of Colima volcanoes (Mexico): The challenge of reconciling geologic evidence with C-14 chronology- implications for hazard assessment". En: *International meeting on volcano instability on earth and other planets*. London: Geol. Soc. of London.
- KOMOROWSKI, J.C. et al. (1996). "Récurrence exceptionnelle de déstabilisation de flanc dans l'activité récente du complexe volcanique du Colima, Mexique". En: *Volcanisme actif de l'Amérique Centrale et du Mexique*. France: Société Géologique de France.
- MOUNTJOY, Joseph (2002). "La evolución de sociedades complejas en el Occidente: una perspectiva comparada". En: Townsend, R. (ed). *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*. México: The Art Institute of Chicago, Gobierno del Estado de Colima y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima, pp. 255-269.
- OLAY, M<sup>a</sup> de los Ángeles (2004). "Arqueología de Colima". En: Braniff, B. (coord). *Arqueología del Occidente de México*. México: Universidad de Colima e Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 271-308.
- OLAY, M<sup>a</sup> de los Ángeles (2005). *Volcán de fuego. Cuna del agua. Morada del viento. Desarrollo social y procesos de cambio en el valle de Colima. Una propuesta de interpretación*. Tesis de doctorado. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social.
- SCHÖNDUBE, Otto (1980). "La Etapa Prehispánica". En: Muriá, J. M. (coord.). *Historia de Jalisco*. Tomo I. México: Gobierno del Estado de Jalisco e Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 113-257.
- VV.AA. (2005). *Los Tesoros de Colima*. México: Gobierno del Estado de Colima / Universidad de Colima.